
La celada fuente

● Monólogo de Corina de Tanagra ●

FUENSANTA MUÑOZ CLARES



CORINA

Entonces sí, sí, es mi Píndaro que vuelve a su ciudad. Muchachas, id, buscadle, decidle que Corina lo espera, como siempre... Sed las golondrinas de esta primavera de mi alma... Anunciadle a él también la llegada del ave blanquinegra, y en recompensa, pedidle que venga junto a la poetisa... Id, volad con mi mensaje... si en algo apreciáis a vuestra maestra...

Oh, feliz Corina, ¿quién te iba a decir que el cielo te reservaba esta última alegría? Aquí estabas, ajena a todo, escribiendo con trabajo tus cuentecillos de vieja campesina, repitiendo hasta el cansancio los versos religiosos, sin esperar que la poesía te hiciera este inesperado regalo. Dicen que un ave extraña, tan bella como el sol, vive en Egipto, prolongando su vida tanto tiempo, que a los hombres les parece eterna, pero que un día muere consumida en llamas y de sus propias cenizas vuelve a renacer tan hermosa como antes... Oh, así ha sido mi amor por este joven... Eterna me ha parecido su vida mientras alteraba la pulsación de mi sangre, y luego, un largo sueño consumió el sentimiento hasta reducirlo a cenizas. Fue la súbita llama de su ausencia. Y hoy, hoy vuelve a nacer, sólo por el anuncio gozoso de su regreso, más hermoso, más fuerte...

Corina... tú deliras... Un extraño daimón se apodera por momentos de tu alma, te engaña, te halaga los deseos con promesas que nunca el destino cumplirá... Mírate bien, vieja poetisa, mira tus ojos apagados, tu cabello cansado de ser rizo... entre la noche que fue tu cabellera brillan las hebras blancas que delatan tus años... La vida ha dejado en tu rostro los surcos de la risa, y de la pena... las largas cavilaciones, la huella de los sueños no cumplidos...

Pero basta... Habla como sensata... Una mujer de tu edad y de tu saber no debe hablar como doncella alocada... Calma, calma, Corina, reposa tu pasión, destensa el arco... El

joven que amaste silenciosa ya no será tan joven... No detienen las Parcas su incansable trabajo con la rueda para ningún mortal, y no es Píndaro un dios, por más que tú lo creas... Ojalá el tiempo haya sido cruel con su hermosura... Que sus cabellos estén blancos, su piel pálida... Que camine vencido de pesares, y que su mirada se haya apagado en la lucha como una vieja antorcha... Que su triunfo sea una mentira absurda de las gentes... Y que él vuelva a mí, como de niño, a pedir un consejo, una caricia, un consuelo... Ay, ¿qué dices, Corina malhadada? ¿Qué amor es éste de raíz tan terrible que desea todo el mal para el amado? Aráñate el rostro, arráncate el cabello, sácate los ojos por esos negros pensamientos... Que él venga, y que venga en todo su esplendor, como antaño venía, orgulloso, a mostrarte el fruto de una noche de insomnio... «Corina, maestra mía, estos versos escribí». Y yo altiva: «Demasiado cargados. Están atestados de dioses y de héroes». Y él, con el ceño fruncido y el despecho en el alma, despojaba sus versos de aquella turbamulta. «Corina, maestra mía, he aventado el verso». Y yo, displicente: «Qué pobreza de mitos, niño mío». Entonces asomaban lágrimas de rabia a sus ojos ardientes. «Se ha de sembrar, jovencito, pero no a saco, sino con la mano». Y los dos íbamos sembrando los surcos abiertos, a mano, con cuidado amoroso... El, la tierra juvenil de sus poemas, yo, la tierra madura de mi amor. Para mí guardaba mis arrebatos. Nunca corrieron lágrimas ante su vista... Nunca sobrepasé los límites de la poesía... Pero, Corina, recuerda aquellas noches en que su rostro se asomaba a tus sueños en figura de un diosillo ingenuo, garzón descuidado que rompía las tinieblas con su piedra de luz... La oscuridad conoce el sabor de lo imposible... Cada momento era para mí una tortura de celos infundados, de imaginadas entregas... El espejo, doble glacial de mi rostro, juzga ecuánime mi locura... ¿No tengo, no tenía, una expresión amable, los joviales atributos de la

juventud? El sólo decía: «Quiero ser el cantor para los hijos de los griegos». Y ese era su lema, enarbolado como bandera, amado como la patria dulcísima a la que se sueña regresar un día... Y yo me decía en mi delirio: «Quiero ser el cantor de Píndaro, la única patria que deseo... Quiero levantarte sobre el mundo como mi emblema, y pintarte en mi escudo, llevarte a la batalla en mi corazón...». Yo, pobre mujer enamorada... Mi lecho ha probado todos los pesares, las lágrimas más duras, las del miedo, la de la rabia... A solas, me decía que mi amor era un arco tendido hacia los siglos... A los grandes espíritus les está negado el amor del momento, pues aman más allá, con frío amor de dioses... Vieja Corina tenías entonces una carne cálida, unos ojos mortales que podían recrearse en la belleza... y desearla... Y aún hoy...

La fama llevaba en su lengua dorada mi frialdad, mi descuido por las cosas del amor entre humanos... Era la noche de profunda oscuridad quien desmentía, tu gélido espejo, tu lecho sudoroso... Todo en mí desmentía la fama... ¿Qué reservabas para él, el único motivo de tu pasión? Estúpida, estúpida Corina... Oía embelesada su entusiasmo por los atletas desnudos... Sabía de la solitud de los hombres tebanos, que ya lo adoraban antes de que su genio derramara el don de Apolo por el mundo... y me reía despectiva de su éxito... Si alguna joven tímida me confesaba su naciente amor por él, también reía... Si él soltaba su lengua enardecida por el amor... también reía... «Te burlas de mí, Corina, porque la juventud me inclina a lo amoroso», decía con tristeza. «No eres tú para un solo amor, jovencito, sino para entregarte a todo». Y esto se lo decía desde la altura despectiva que me daban los años que le aventajaba en la vida. Le enseñaba lo poco que sabía, que a él se le antojaba demasiado, con maternal paciencia... Y en los sentimientos, despreciaba y burlaba... A veces... Oh, estúpida Corina... Como la mujer que rasga la tela con rápido chasquido, desgarrabas tu corazón con locura despiadada... O como el cirujano que, con desprecio del dolor, hunde el cuchillo en la piel enferma, rompías tu alma... Cuando él, inclinado contigo sobre un poema, alzaba los ojos y te miraba suplicante... Me amaba él también, yo lo sabía... Entonces estaba a punto de destruir aquel juego, rindiéndome a su pueril mirada... Echa, echa fuera la corneja... Alejaos, alejaos, terribles pensamientos del recuerdo. Malos presagios traéis para Corina...

Querría, como los niños, conjurar al sol para que volviera a iluminar aquellos tiempos... Sal, sal, sal, querido sol, ¿qué nube te lo impide?... Sal, sal, querido sol... Vuelve, vuelve querido Píndaro. Deshagamos juntos los pasos del tiempo... Lo que la hilandera teje se puede deshacer tan hábilmente como ella tejiera la lana, la trama de Mileto... Hubiera sido tan fácil, entonces que era un

muchacho imberbe, dejarme vencer en los juegos. Su orgullo juvenil habría hallado satisfacción en mi derrota, y, alabado en su propia tierra, no habría ido a curar sus heridas junto a los atenienses... Pero Corina lo amaba demasiado... Hasta cinco veces lo debí vencer en lid poética... Cinco veces triunfante sobre su bellísima poesía... Cinco golpes durísimos... Cinco puñales fríos para mi corazón... Si él hubiera sabido que en la sonrisa del triunfo se hallaba transformada la mueca del llanto, que el rostro sonreía mientras las entrañas gritaban de dolor... Oh, Píndaro, qué ignorante del corazón humano... ¿Y qué si no...? Si no vivías más que en el recuerdo de los mitos... Si nada te movía a no ser la belleza de los cuerpos aceitados de los atletas... Si entregabas tu alma a la fría moral que anidaba en tu pecho... La luz marmórea de estas visiones oscurecía a tus ojos los tiernos sentimientos de Corina... Y el despecho de sentirte vencido por una mujer... No descansé hasta verte salir de Tebas... Tu exilio voluntario te daría fuerza para hacerte grande entre los grandes... Trucha beocia me dijiste al marchar... Trucha beocia... ¿es ese insulto para la mujer que te educó en la poesía? Tu insulto era amarga miel, doloroso bálsamo para mis heridas... Echa, echa fuera la corneja...

Entonces me pude permitir satirizar a Mirtis, que siendo sólo una mujer, se atrevió a competir contigo... Y el pueblo no supo a qué atenerse... «¿No es esa Corina, que venció cinco veces a Píndaro el olímpico? ¿Cómo censura a Mirtis la misma culpa que ella cometió?» Pensarían que la locura me había vuelto sagrada... Y estaban en lo cierto... Un dios había entrado en mi pecho, un dios joven que rasgaba las tinieblas con su luz... Competir con Píndaro no había sido en mí tonta vanidad de mujer, sino virtud amorosa, sacrificio terrible... La madre que inmola a su hijo querido no siente su corazón tan destrozado como yo el mío cuando vi a Píndaro salir de Tebas, y en un arrebato de su herido orgullo sacudir sus sandalias junto a la muralla...

Pasa el tiempo, Corina... ¿qué harás para recibir a Píndaro?... Sé diligente, como la esposa que prepara el lecho nupcial, el banquete, y no reposa un momento el día antes de la boda, yendo de acá para allá, ordenándolo todo, y a nadie deja en paz con sus trabajos... Manos como las de Aracne quisiera tener, para tejer una hermosa túnica... y pepló de rubio trigo, sutil como una tela de araña, que sólo al giro leve de la luz se descubre... Ay, estos cabellos, que no sean como los de las Nereidas, largos, húmedos, verdes como el bronce, por sorprenderlo a él... Para su boca, la más dulce miel... Para su deleite, pasteles de sésamo, frutas detenidas por la suave escarcha del azúcar, y el vino dulcísimo... Nadie en mi casa ha de estar ocioso mientras se aguarda la llegada de Píndaro...

